

Entre la crisis y la *filía*

¿Hasta qué punto la trama básica de lo que hoy es pensable y piensa la filosofía puede estar en consonancia con lo que la sociedad y sus instituciones requieren para satisfacer sus intereses y, de ese modo, consolidarse en el logro de sus propósitos?

Está claro que esta es una pregunta planteada en un nivel demasiado general, pues no sólo resulta por lo menos difícil encontrar hoy una delimitación unívoca bajo el nombre de filosofía, sino que tampoco se encuentran acuerdos irrestrictos entre los representantes de sus variadas figuras disciplinarias acerca de lo que en ellas cada uno hace. Si bien pueden identificarse tendencias teóricas básicas de acuerdo entre filósofos en áreas disciplinarias, llegado el momento de especificar posturas ante problemas y situaciones, y de expresarlas en un régimen de comunicación amplio, las diferencias de opciones y de estilo suelen multiplicarse según variantes individuales de una manera no siempre reunificable con niveles de sentido para la acción, conforme a criterios de racionalidad estricta. Pareciera que las diversas formas y escenarios de manifestación de la *filía*, conjugada de acuerdo a distintos modelos decantados en la historia, suele contribuir a determinar rumbos compartidos.

También las sociedades por lo pronto en el curso del siglo pasado, aumentaron las diferencias entre sus miembros, grupos, sectores o clases, de acuerdo a la irrupción y consolidación aleatoria de lo que se ha solido denominar como el «gran número» o más tradicionalmente las «masas», conforme a los criterios socioeconómicos o político-culturales, que en cada caso se apliquen.

Sobre el trasfondo del contexto mínimo aludido en ambos casos, las instituciones suelen jugar un rol en cierto modo articulador, de una especie de bisagra socio-individual, en la que cada uno de sus lados tienen la tarea y el desafío de mantener

y evocar la simetría de su movilidad, se supone, sin roce ni desvío de los intereses y estilos puestos en juego a través de ese rol. Puede visualizarse a las instituciones como instancias mediante las que los individuos intervienen en y asumen acciones y responsabilidades de una dimensión social, que en algún grado los distancia de sus estilos personales. Pero también la densidad de estos estilos puede ser percibido a través de las instituciones como uno de los polos entre los que en éstas, ellos se ejercitan como individuos en su juego de modelaje de un cierto «vaivén», de ir y venir, de entrada y salida, frente a los requerimientos de la sociedad. Podría agregarse así a la imagen de bisagra para percibir a las instituciones, la de una suerte de balancín, instalado en el campo de juego, no exento de conflictos, entre las acciones definibles de individuos y sociedades. Y habría que considerar, en este caso, al saber, como una de las aristas delimitadoras y modeladoras, o bien, con otra imagen, como las diversas formas de vasos transparentes y comunicantes por los que circulan los saberes generados por los intereses y exigencias de unos y otras que, en definitiva, se ponen en juego en el escenario de las instituciones. De manera que el desacuerdo, el desajuste y los consiguientes chirridos producidos por la relación entre los actores, individuos y agentes sociales, operantes en las instituciones, serían una de las expresiones de la crisis del juego y el conflicto entre los que se mueven los eventuales saberes acordados o sancionados por instituciones, en cada caso, específicas.

346

Se puede imaginar otra vía de acceso para aproximarse a cada una de las cuatro palabras del título de la convocatoria de esta mesa, aunque la palabra con resonancias de mayor urgencia en él, la crisis, sea la que aparezca en último término en ella. Esa vía señala hacia un hecho simple, aunque a la vez complejo en sus consecuencias. Ella se expresa en la frase: todo lo que es, comenzó por no existir. O dicho de otra manera: todo lo existente tiene un largo y aleatorio proceso de cambios y transformaciones a su espalda. Sin duda la generalidad de estas dos frases requiere a su vez de una mínima delimitación conceptual.

La gran cantidad de distintos tipos de instituciones que han surgido, se han modificado y desaparecido a lo largo de milenios en la más diversas sociedades, nos

muestran un aspecto de su parentesco con los seres humanos, por lo pronto, a través de su caducidad constatable e inevitable. Esta finitud común a ambos, sin embargo, no implica su absoluta caída en el olvido luego de su desaparición fáctica, ni tampoco el que unos y otras puedan haber llegado a convertirse más tarde en nombres o figuras paradigmáticas, susceptibles de ser rememoradas y de encontrar en ellas huellas y pistas que, entre otras cosas, suelen señalar hacia el campo lleno de riesgos de la relación entre individuos y el «gran número» de lo social. Es esta última dimensión la que tal vez confiere a las instituciones uno de sus rasgos distintivos frente a los individuos. Pues ellas, para ser tales, han de poder exhibir una duración temporal mucho mayor que la vida de éstos. Y tal vez, por eso mismo, ellas suelen ejercer una atracción para ello, cuando a través de la singularidad de sus acciones se siente palpar allí algún grado de la fuerza con que en ellos discurren las necesidades y anhelos de un conglomerado social que, como tal, pugna por satisfacerlos. Un conglomerado del que esos mismos individuos proceden y que, de algún modo, impulsa también sus propios afanes, aunque en ocasiones pueda experimentar cada uno de ellos con respecto al otro, su circunstancial incoincidencia de intereses, procedimientos y estilos de acción. Pues si para perdurar en su propósito de acoger los requerimientos del «gran número», las instituciones que se erigen en medio de la sociedad han de hacer suyos procedimientos que regulen las conductas de sus miembros mediante el peso igualador y universal de la norma y la ley, bien puede llegar el momento en que estas mismas instancias que la consolidan y transparentan en alguna medida, puedan transformarse en rígidos canales de circulación, y esclerosarse, como efecto paradójico, pareciera, de los diversos modos de transitar, habitar e intentar perseverar los individuos en ellas.

No parece ser sin más desechable el hecho de que es por medio de instituciones, por ejemplo, como las universidades, que muchos saberes alcanzaron el desarrollo de sus respectivas figuras, se consolidaron y han continuado su reproducción, cobijadas por la regularidad institucional de sus criterios y normativas. Aunque tampoco es obvio el hecho de que las instituciones en distintos momentos puedan haber

llegado a convertirse en la contraparte conservadoramente beligerante, en conflicto con el ejercicio heterodoxo del pensar —y por cierto no sólo bajo el signo finisecular de la filosofía— por parte de individuos que lo asumen como un renovado ensayo y riesgo creador que procura abrir caminos, saberes aún no transitados ni explorados.

Bien puede haber sucedido y constatarse ahora que con el transcurrir de los siglos se haya extraviado la supuesta evidencia de otros tiempos en que la filosofía ostentaría un sitio de privilegio entre los saberes, debido a su peculiar lucidez fundamentante y omniabarcadora con respecto a cuanto existe. Probablemente es un hecho discutible, o al menos muy matizable, que la filosofía, incluso en sus momentos de florecimiento griego, albergada en esa suerte de proto-instituciones que habrían sido la Academia y el Liceo atenienses, haya gozado de ese tipo de privilegio y, menos aún, entremedio de menesteres de gobierno de la *polis* y la sociedad de ese entonces. A los posteriores calificativos de ser una actividad edificante o impulsora de una ilustración emancipadora, tal vez hoy le asiente mejor a la filosofía ejercitar una actitud y gestos malévolos frente al tiempo en que le toca vivir y procura desplegarse. Especialmente cuando aún perduran algunas formas de nostalgias sobre el planeta, de la más variada índole. Nostalgias de divinidades aceptadas como plurales o que se imponen como una y absoluta, nostalgias de valores firmes e intransables, o de instituciones graníticas y duraderas como montañas, ajenas a la posibilidad de convertirse en volcanes, o por lo menos, de acuerdo a una figura de más breve duración, como burbujas sociales incorruptibles o incontaminadas.

348

Frente al anhelo de unidad, continuidad en el logro de los fines y transparencia que pudiera estimarse necesario de hacer prevalecer en las instituciones y las sociedades, no parece que esa actitud malévola asignable a la filosofía pueda prescindir de querer entrar y salir, imbuirse, recorrer y tomar distancia, una y otra vez, ante lo que aparece como el reverso de las cosas, los elementos y aspectos desagradables, ruines o infelices que pueblan todos los niveles de lo humano. Adentrarse en ese reverso de las cosas significa tanto como validar teóricamente el conflicto y la competencia, los antago-

nismos, protagonismos y agonías, como elementos constitutivos de todo querer y acción de una voluntad que se ejercita sobre otra voluntad, sin garantía de conciliación y de equilibrio sin roce, al término de una etapa cualquiera de tales relaciones.

El tránsito por ese reverso y su consiguiente disolución del revés y el derecho, del dentro y del fuera, al deshacer la contraposición entre apariencia y realidad y entre todas las polaridades que han configurado el universo del discurso teórico, bien puede ser experimentado como la desazonadora figura de la crisis. Y sin embargo, es difícil no entender hoy en día a la crisis como una condición histórica inevitable en la existencia de individuos y sociedades, cada uno de los cuales en el curso de los siglos y en distintos momentos específicos de ellos, han sido capaces de rehacerse, reinventarse con una reiteración tal vez sorprendente. Los saberes logrados por individuos y filósofos no parecen haber sido mucho más que el resultado de sucesivos ensayos y riesgos asumidos ante las exigencias y deseos vivenciados como propios en cada presente. Hoy sabemos que éste —frente a las filosofías del origen y de la teleología habidas— difícilmente podrá volver a ser ya un simple punto de tránsito evanescente entre lo sido y lo que será. Pues así como de lo ya sido cabe decir que se exhibe como una materia viscosa, dúctil y maleable, que persiste más allá de sus figuras vigentes en otros tiempos, que persevera, travestida o depurada, en los desciframientos o reinterpretaciones suyas de hoy y mañana, así también con respecto a lo que será, puede decirse que posee el perfil de una incógnita de la que no se espera ya su resolución mediante los artificios de un *Deus ex machina* o de un *telos* redentor, revestida en su aguardar a ser despejada con el temblor de una tragedia a la que se esté condenado. Más bien, lo que ha de llegar a ser —donde el perfil de ese ser queda modelado por las obras y los efectos concretos producidos por los sucesos de aquel «llegar» hasta él—, en todo caso estaría emparentado con los juegos de una parodia, pero ahora exenta de descalificaciones o desvalorizaciones de otrora. En lugar de eso, cabe experimentarla como una parodia que con desenfado e incluso con algún matiz de ironía, hace suyo todo cuanto ha venido siendo para volver a mezclar sus materiales en otras figuras mestizas —a semejanza de todas las de otrora—, que

muy probablemente acabarán ocupando el escenario de su respectiva actualidad.

Pareciera que cualesquiera fuesen las conjugaciones de época y calificaciones que puedan hacerse de la «crisis», una vía para enfrentarla o para disminuir al menos las dosis de ansiedad usualmente presentes en los variados tipos de invocaciones a superarla, para así encontrarse con algo «mejor» después de ella, o bien simplemente con algo «otro» que ella, sería aquella que abre efectivamente la puerta a la *historia*, entendida como raíz ineliminable de la condición humana. De abrirse a las series de hechos, fenómenos y situaciones que modelan cotidianamente a esa condición, y más aún abrirse al sucederse de acontecimientos singulares pero con efectos de duración secular o prolongada, tantas veces aleatorios en la irrupción de su acaecer y en sus recursos para asentarse, que, sin embargo, marcan ese rostro visible del tiempo de que ella, la historia, está hecha. La apertura de esa puerta traería consigo ejercitar los oídos con otros sonidos distribuidos de acuerdo a otras armonías, ritmos y contrapuntos, como los que pueden resonar en una serie de frases tales como: «la historia siempre habla nuevas verdades», «la verdad es un error al que nos hemos habituado», «la constatación de una verdad sólo expresa nuestra incapacidad para contradecirla». Todas las cuales bien podrían culminar en aquella otra que, hoy, puede sonar menos escandalosa que cuando fue formulada en su momento: «la verdad es una mujer». Por cierto, una verdad frente a la cual cabría desplegar ahora, al igual que siempre, esas artes de la seducción en las que reobran unos sobre otros —transversalmente si se quiere, o transgrediendo continuamente los límites que en otro tiempo se les impuso, para así transfigurar el desorden de su añeja separación—, aquellos viejos verbos que han configurado la trama de la no menos antigua razón: sentir, querer, pensar.

350

Y con esta apelación a la verdad, en su variante de la seducción que ha solido ejercer sobre los filósofos, sería preciso conectar aquella *filía* a que aludimos en un comienzo. Es una amistad-enemistad que, en la inseparabilidad de ambas que deja acceder a cada una de ellas hasta la médula que la alienta y que puede siempre ser sentida en su fuerza propia en la relación con el otro, una vez más, es ella la que, en el fino

y certero acoplamiento de sus ingredientes, los filósofos, como una de sus acciones junto a otras, les cabría ensayar su recreación, su juego y desafío. Una *filia* tejida de acuerdo a los contrapuntos existentes en el tiempo en que se vive, expresada según una tonalidad que haga audible en él el timbre de la voz que se arriesgue a entonar una frase cualquiera, enunciable y compartible por quienes se lo propongan y quieran hacerlo. Tal vez sea esta una vía por la que pueden llegar a resonar otras verdades en el discurrir de la historia.